

engalanadas por sus propias manos á las hijas que habían logrado fijar las miradas imperiales. La condesa se asustaba ante el desconocido porvenir á que iba á arrojarse, ante la vergüenza del presumible abandono, aparte de los escrúpulos de orden moral que sentía con viva intensidad, y de la idea de perder, no el marido, á quien soportaba, sino al hijo que de éste ya tenía. Finalmente, movida por una de esas consideraciones en que se complace el espíritu de la mujer, y cohonestando su amor con el interés de su país y la regeneración de su patria, cuyo instrumento le aseguraban todos que iba á ser, se entregó al hombre al mismo tiempo que al libertador.

Como el viejo conde no tuvo en mucha estima el honor de la coparticipación imperial, la condesa siguió á su amante, que lejos de hastiarse de ella, se le aficionaba más y más cada día.

En el cuartel general de Finkenstein la instaló á su lado. «Comían juntos (dice Constant), y cuando el Emperador se ausentaba, ella leía ó miraba al través de las ventanas las paradas y maniobras de los soldados en el patio de honor del castillo, que á menudo mandaba Napoleón en persona. Era una mujer angelical.»

Desde entonces, no obstante la hipocresía de la historia, que nada dice de ella, no cesó de acompañar ó seguir al Emperador. Con él regresó á París y con él fué á Austria, en 1809. Después de Wagram, residió la condesa en una casita aislada de los arrabales de Viena, á donde todas las noches iba á buscarla Constant para conducirla en coche al castillo de Schoenbrunn, alojamiento del Emperador. Los caminos se habían hundido al peso de los cañones, y el tiempo lluvioso los convirtió en lodazal. «Tened cuidado, Constant, — le decía el Emperador á su ayuda de cámara. — ¿Estáis seguro del cochero y es resistente el coche?» En efecto, una noche volcó el vehículo, aunque por fortuna sin mal resultado para la condesa. Aquel mismo año quedó encinta, y esto contribuyó más que nada á determinarle al divorcio, demostrándole su capacidad de ser padre, lo que para Napoleón no ofrecía duda alguna, pues estaba segurísimo de su fidelidad.

El matrimonio con María Luisa no separó á los amantes. El Emperador prosiguió visitando á Walewska, y le dió el mismo médico que á la Emperatriz. Frecuentemente se deslizaba la condesa á hurtadillas en las Tullerías, y por la escalera secreta subía al aposento del

Emperador á horas en que la esposa oficial estaba retirada en sus habitaciones. Ella decía: «Mis pensamientos y mis inspiraciones vienen de él y á él vuelven. El es mi bien, mi porvenir, mi vida.» Cuéntase que la condesa regaló al Emperador una sortija de oro, con un hueco secreto en donde puso un mechón de sus cabellos, con esta inscripción en el aro: «Cuando dejes de amarme, no olvides que te amo.»

Después del desastre corrió Walewska á Fontainebleau, y una de las noches siguientes á la abdicación, se presentó en demanda de ser recibida. Eran cerca de las diez. Llegó hasta la puerta de la estancia imperial y vió que Constant vigilaba. El ayuda de cámara entró sin previo aviso; pero el Emperador, sumido en insensible marasmo, no se dió cuenta. La condesa esperó á que pasado un instante volviese á entrar Constant, sin tampoco obtener respuesta. A través del tabique se oían los pasos del Emperador, que resonaban sordamente en el sombrío silencio del dormido y fúnebre palacio. De cuando en cuando se detenía, silbaba una tonada y hablaba consigo mismo. La condesa esperaba á cada momento que por fin la llamara, y así estuvo sobrecogida por el frío de la noche, inmóvil y tiritando envuelta en el abrigo, hasta que la pálida claridad del alba empezó á iluminar las ventanas entre el estridente canto del gallo. Pronto iba á despertarse el palacio y á proseguir los acontecimientos su fulminante marcha. Nada tenía que hacer allí, y en consecuencia se marchó sin haber visto al que también se marchaba.

Pero Walewska no había olvidado ni desechara la idea de encontrarse otra vez con el hombre á quien jurara amor imperecedero.

No ignoraba cuán indoblegable era la voluntad del Emperador,



La condesa Walewska.  
(Copia de un dibujo de la época.)

y consideró prudente mantenerse por de pronto á la expectativa. Enterada de que María Luisa se había ido á Viena, y que demoraba indefinidamente su viaje á Elba, marchó á Génova y después á Florencia, desde donde escribió al Emperador, de quien tuvo respuesta con fecha del 27 de Julio pidiéndole noticias suyas.

Durante algunas semanas dejó el campo libre á María Luisa, hasta que juzgando ya propicio á ella el corazón del desterrado, solicitó permiso para ir á la isla so pretexto de normalizar su personal situación económica y el porvenir de su hijo. El Emperador respondió que sí, y allí estaba ella (1).

\* \* \*

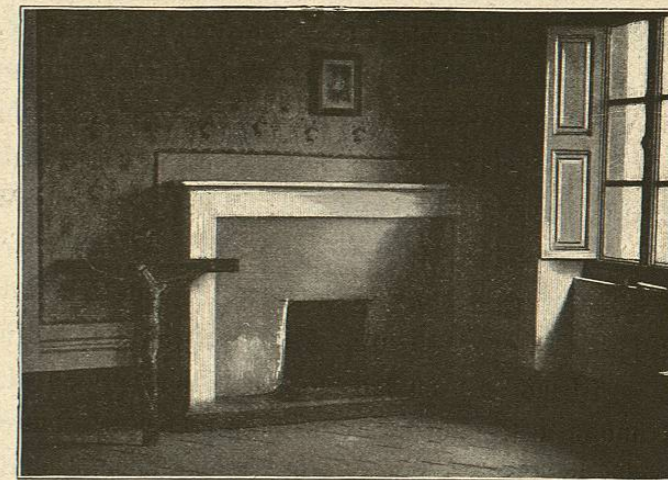
Triunfadora llegaba la condesa en su orgullo de mujer y de amante. Mientras la legítima esposa se substraía á sus deberes, ella se mostraba fiel y aparecía, no tan sólo moralmente superior á su coronada rival, sino también embellecida por el amor. Enojóse mucho Napoleón cuando al día siguiente supo, por despachos de Porto-Ferrajo, el error que había ocasionado la condesa al tomarla por María Luisa, pues su deseo era ocultar el viaje. Aquel equívoco, más sensible aún por el infortunio que la dama habíase complacido en fomentar, tenía apariencias de burla á sus disgustos conyugales, por lo que ella había jugado con lo intangible: la majestad imperial.

Apaciguada su cólera de César ofendido, el hombre substituyó al Emperador y cayó en los brazos que se le tendían. Entonces ella le recriminó á su vez por haberla rechazado en Fontainebleau sin querer aceptar el consuelo de su ternura. Napoleón le respondió golpeándose la frente: «¡Tenía tantas cosas aquí!»

Dos días permanecieron los amantes en la tienda de campaña, mecidos por la brisa y los rumores del mar, entre paredes de lienzo y dilatando su mirada por el golfo azul de lo infinito. Desde allí le en-

(1) La señora joven que la acompañaba era su hermana y el caballero de los lentes su hermano. Este se detuvo en Marciana Marina. Las dos hermanas con el niño siguieron á caballo hasta la ermita, acompañadas de un ordenanza del Emperador, quien se adelantó hasta medio camino para recibir las.

señó la Córcega, su patria, á donde ella hubiera querido ir. Jugaron con el niño, del que cuidaba la hermana de Walewska, en la casita del ermitaño, en donde los cuatro pasaron la noche. El Emperador se puso «en rigurosa cuarentena» y durante aquellos dos días no recibió á nadie. Tal vez hablaron también de asuntos graves, y Walewska le contaría lo que pasaba en el continente y lo que se decía de María Luisa. Por la tarde del segundo día manifestó Napoleón á su amante que era ya preciso separarse. Habían mudado los tiempos. Cuando llenaba el mundo con su gloria y con sus hazañas, cuando era omnipotente, le había sido fácil imponer, si bien discretamente, sus queridas y favoritas á las dos emperatrices que com-



Una de las cuatro habitaciones de la ermita de la Virgen.

partieron su lecho. Pero á la sazón en que depuesto y proscrito servía en su isla de punto de mira á los rencorosos ojos de Europa, no le era posible arriesgarse á que le echaran en cara á sus amantes al reclamar á su esposa. Por otra parte, ante los elbenses respondía de sus actos, puestos á luz meridiana en aquel estrecho círculo en que vivía. Porto-Ferrajo era una casa de cristal, en que nadie podía dar un paso ni hacer un gesto sin que al punto se viera y supiera. Y él, representante de la moral pública, tan difícil de mantener en un país donde no había doncella que sus soldados respetasen; él, que negaba la entrada en los Molinos á las concubinas de sus oficiales y á toda mujer de situación equívoca, debía dar el ejemplo de una irreprochable vida privada. En este punto, como en otros, se sometía á la ley común.

Lo por él resuelto no toleraba discusión ni demora. El buque estaba anclado ya en la playa, al pie de la montaña, pues forzoso era que no embarcase en Porto-Ferrajo, para evitar las anunciadas mani-

festaciones «en favor de la Emperatriz», con intento de oponerse á su partida. El mismo la acompañaría hasta medio camino y un ordenanza la escoltaría hasta la playa. Los caballos estaban ensillados.

Había creído Walewska estar mucho más tiempo á su lado, tal vez quedarse para siempre. Para el Emperador, incierto del porvenir, aquella separación entrañaba algo que se desvanecía, el amor que también se le escapaba.

Como si gustase entenebrece el adiós de la partida, conmovióse la naturaleza en presagios de inminente catástrofe. El aire quemaba y la isla desaparecía bajo plomiza niebla. En la cumbre del monte Giove se acumularon vapores blanquecinos cargados de amenazadores efluvios, que velaron el sol. Ráfagas de viento sacudieron la tienda imperial. Se avecinaba el huracán. El Emperador y Walewska se separaron en el momento en que el huracán abatía la hierba rasa y arrebatava en vuelo sus vestidos y cabellos. El volvió riendas de pronto y subió rápidamente á la ermita. Ella prosiguió su camino hacia el mar.

El buque y su hermano la esperaban en Marciana Marina; pero como en este puerto desabrigado no era posible embarcar y el Emperador había prohibido el embarque en Porto-Ferraio, fué preciso ir por tierra á Porto-Longone, al extremo opuesto de la isla, mientras el buque, dando la vuelta, costeaba para alcanzar el puerto.

Apenas vuelto á la ermita el Emperador, envió á otro ordenanza á Marciana con orden de impedir el embarque en vista de la impetuosidad del viento; pero cuando el ordenanza llegó, ya estaba Walewska en camino de Porto-Longone. El ordenanza no pasó adelante.

Difícil es imaginar lo que fué la marcha á caballo de aquella mujer y aquel niño por espacio de 27 kilómetros á través de cuevas y torrentes, azotados por la tempestad. La condesa llegó por fin á Porto-Longone, donde ya estaba el buque, pero las autoridades marítimas se niegan á dejarla partir en consideración á lo alborotado que estaba el mar. Ella insiste, alegando la voluntad del Emperador, y entonces no se atreven á mostrarse menos valerosos que una mujer. Embarcó en la pequeña ensenada de Mola, y el buque se hizo á la vela.

El Emperador pasó horas angustiosas hasta que supo que su amante estaba sana y salva.

Mas no debía recibir el golpe por aquel lado.

Mientras en la tienda del monte Giove gozaba Napoleón con Walewska dulces horas de amor, María Luisa rehusaba seguir á Hurault de Sorbée, que había logrado llegar hasta ella, y recibía una carta de Metternich prohibiéndole ir á Parma desde Aix ni acercarse, por lo tanto, á la isla de Elba. Insensiblemente fué deslizándose la ex emperatriz hasta el lecho de Neipperg, convirtiéndose en la amante del tuerto, que para distraerla se la llevó á los heleros suizos de Oberland.

Advertido Napoleón de que «un oficial austriaco, cuyas señas le dieron, no dejaba á María Luisa un solo momento», pidió á Campbell la intervención de lord Castlereagh y de Inglaterra para que se le devolviesen su mujer y su hijo. El 10 de Octubre escribió al gran duque de Toscana rogándole «que se sirviera ayudarle á cartearse con María Luisa, su esposa, para enviar noticias suyas y recibirlas de ella cada semana (1).»

Pero María Luisa ya no escribía. El Emperador cesó casi en absoluto de hablar de la ausente, convencido de que sólo podría volverla á ver el día en que recuperase la corona (2).

Los elbenses reconocieron su error, y se resignaron á no ver en la isla á la verdadera Emperatriz, si bien muchos continuaron creyendo que había estado de incógnito en Marciana. Lo que quedaba de fuegos artificiales y vidrios de colores, como restos de la fiesta del 15 de Agosto, se guardó para la llegada de la princesa Paulina. El alcalde de Marciana, que, engañado como todo el mundo, había iluminado sus balcones en señal de regocijo, sufrió una severa reprimenda, con el aviso de que no volviera á meterse en lo que no le importaba.

(1) CAMPBELL, p. 152; *Corresp. imp.*, 21.651.

(2) También recibió la visita de la jovencita de Bourg-la-Reine, que fué á Porto-Ferraio con su madre. Según dice Constant, Napoleón la casó con un oficial de artillería. Sin embargo, no existen pruebas de que entre ellos mediaran relaciones amorosas. Esto se hubiera sabido en Porto-Ferraio, y nadie parece haber tenido conocimiento de ello.